

CAMINO DE SOLUCION

Existen en estos momentos dos sentimientos que son compartidos por la generalidad del país. Uno, se refiere a la necesidad de un consenso nacional sobre ciertas ideas que sirvan de base a la indispensable unidad, que permita al país enfrentar la tarea de determinar los graves problemas que lo afectan y encontrar las soluciones que mejoren su convivencia, en aspectos políticos, sociales y económicos. El otro sentimiento, es el de confusión, desconcierto e inquietud acerca de la forma de producir y conducir este consenso y también de grave inquietud acerca del destino futuro y de los cauces por los cuales se desarrollará nuestra convivencia cívica durante y después de este gobierno.

Antes de proponer un proyecto para el consenso buscado, me voy a permitir señalar dos valores que pueden permitirnos tener optimismo, de que el camino se encontrará, aceptando el proyecto que propondré u otro que contemple elementos similares.

El primero de estos valores, es la unidad que ha ido madurando entre las fuerzas políticas democráticas del país, todas las cuales reiterada e insistentemente reclaman la búsqueda entre sí de un consenso nacional sobre aspectos fundamentales para el país. Esta unidad, sobre bases de moderación y equilibrio, debe llenarnos de esperanzas y de orgullo, puesto que ella no es un fruto natural de las crisis ni una realidad común en nuestro continente. Es una reacción noble, fundada en el patriotismo, de dirigentes que con madurez y responsabilidad han reconocido sus propios errores y han apreciado los valores del adversario de ayer y, más aún, concientes de una comunión básica de ideas procuran acercarse y unirse en haras de los intereses superiores del país, para buscar la solución a sus problemas.

El otro valor, es el patriotismo y espíritu de servicio de nuestras Fuerzas Armadas, a las cuales, en su acción de gobierno, se les pueden criticar algunos errores, intransigencias y durezas, pero su honestidad y patriotismo nadie los debe poner en duda.

Estos dos grandes valores, que son pilares para la unidad y base de nuestro optimismo, hay que aprovecharlos ahora, porque más tarde podrían perderse con el deterioro de nuestra convivencia.

Fues bien, si nuestras fuerzas políticas democráticas, verdaderamente piensan, como lo declaran, que la primera necesidad en la difícil hora presente es el consenso nacional; Si instituciones tan respetables y autorizadas como la Iglesia Católica, haciéndose eco de este clamor, ruega y nos urge por alcanzarlo; Y si el Gobierno, realmente, desea ser de integración y de unidad nacional, todos tenemos que hacer sacrificios por conseguirla. El sacrificio consiste en que cada uno tiene que ceder parte de su independencia. Cada uno tendrá que renunciar a una parte de lo suyo para alcanzar lo bueno, lo posible, aquello que comparte con los demás. En ello se funda el consenso y la idea que plantearé, ~~y no concibo que en otra forma pueda idearse un movimiento cívico-militar.~~

Propongo una reforma a nuestra Constitución, perfectamente posible y de rápida ejecución de acuerdo a sus mecanismos, que exigen el acuerdo de la Junta de Gobierno y un Plebiscito aprobatorio convocado

por el Presidente de la República. Esta reforma, que regiría por un período de transición, consistiría en incorporar a las funciones constituyentes y legislativas y en general a las que actualmente corresponden a la Junta de Gobierno, a otra entidad, una Cámara, llámesele Senado, Cámara de Representantes o de cualquier otra forma, que constituiría con la Junta de Gobierno el Congreso Nacional. Esta Cámara, estaría integrada por igual número de representantes de las tres corrientes políticas democráticas reconocidas del país, que se han disputado las mayorías electorales y han ejercido sucesivamente el Gobierno de Chile y que en el mundo occidental también se suceden en el poder. Me refiero a los Radicales o Social Demócratas, en su amplio espectro, que va desde los antiguos radicales hasta los socialistas democráticos de corte europeo occidental; A la Democracia Cristiana; Y a la Derecha, en sus distintas expresiones representadas mayoritariamente por ex-liberales, conservadores y nacionales, y por corrientes más nuevas como los gremialistas y otras agrupadas en corporaciones independientes que se han formado precisamente para buscar una conciliación entre las fuerzas políticas del país.

Los elementos verdaderamente más representativos de estas tres corrientes de opinión, que todos conocemos, designarían y propondrían al país, para ser aprobado en el Plebiscito, a las personas que las representarán ante esta Cámara del Congreso Nacional.

Insistimos, cada una de las tres fuerzas políticas : La Derecha en sus distintos matices, La Democracia Cristiana con sus diversas corrientes, y los Radicales o Social Demócratas, designarían cada uno de ellos igual número de representantes, entre los cuales, obligatoriamente, deberían ^{membra} designar, cada una de estas corrientes, a un cierto número de dirigentes gremiales representantes de organizaciones sindicales, empresariales y de Colegios Profesionales. Pero, lo más importante en esta Cámara, sería que, durante un período, las tres fuerzas políticas tendrían que adoptar sus acuerdos y decisiones por unanimidad. No la unanimidad de todos los miembros de todas las fuerzas políticas representadas, sino de ellas mismas, de modo que dentro de cada fuerza puede haber disidencias pero no entre ellas, que tendrían que lograr sus propias mayorías internas y posteriormente el acuerdo con las otras.

A la aprobación unánime en esta Cámara, de cualquier acuerdo, iniciativa o proyecto de su competencia, que conociera a instancias del Presidente de la República, de la Junta de Gobierno o de sí misma, sólo podría oponerse el rechazo unánime de los miembros de la Junta de Gobierno. Del mismo modo, a la aprobación de cualquier iniciativa o proyecto de su competencia, por parte de la Junta de Gobierno, sólo podría oponerse el rechazo unánime de esta otra Cámara. (Siempre la unanimidad a que nos referimos es la de las corrientes políticas, no de todos los miembros de la Cámara). En caso de producirse este rechazo unánime, ya sea por parte de la Junta o por parte de la Cámara, de la materia aprobada por la otra, está se entendería desechada y no produciría efectos legales, sin perjuicio de que se formaran comisiones mixtas para intentar un acuerdo.

Por el contrario, si la iniciativa aprobada por una de las ramas del Congreso no fuere rechazada por la unanimidad de la otra, se entendería aprobada por el Congreso Nacional y si se tratara de una ley sería enviada al Presidente de la República para sus observaciones o promulgación.

Las observaciones del Presidente de la República a un proyecto o iniciativa aprobado por el Congreso Nacional, las conocerían ambas ramas del Congreso por separado y se entenderían aprobadas, salvo rechazo unánime de cualquiera de ellas, en cuyo caso se tendrían por desechadas y debería promulgarse el proyecto original. Tratándose de una

Reforma Constitucional, se aplicaría el mismo procedimiento, con la salvedad de que esta reforma podría ser sometida a Flebiscito por el Presidente de la República.

Esta es la idea central, que naturalmente habría que reglamentar con más detalle y que en todo caso estamos seguros puede mejorarse por los más expertos.

Es fundamental, que las distintas corrientes políticas designen a sus representantes, con entera independencia, entre los más calificados y no designen personas que vayan a entorpecer los acuerdos, sino por el contrario al menos algunas que les sirvan de enlace. Esto puede ser materia de negociación, acuerdo y verdadera garantía entre las distintas corrientes políticas.

Podría objetarse, que por no existir actualmente partidos políticos legalmente establecidos, no existirían directivas que hicieran estas designaciones. Sin embargo, actuando de buena fé, como supone esta iniciativa, podemos asegurar que los principales dirigentes de cada corriente son vástamente conocidos, de modo que es fácil identificarlos y designar tres comisiones de ellos para que designen a sus representantes, entre los cuales deberían, naturalmente, incluirse. Sin duda el procedimiento no sería perfecto pero, en todo este proyecto, hemos considerado sólo lo posible, aceptando que lo perfecto sería enemigo de lo bueno.

Es fundamental, que ninguna de estas fuerzas políticas descalifique a las otras, porque de ser así, estaríamos igual que en el pasado y no existiría ninguna posibilidad de consenso y porque además todas ellas, actuando con moderación, son útiles y más que útiles necesarias para el avance progresivo y ordenado de un país.

Todos tienen que convencerse, los de Gobierno y los de distintas corrientes políticas y de oposición, que en haras de avanzar, es necesario, como seres decentes, inteligentes y patriotas, renunciar a la prepotencia, a la revancha, al castigo y a imponer por la fuerza nuestra autoridad o nuestras ideas a los demás, avasallándolos. Cuan fácil resulta imaginar, lo esfímero que sería el triunfo de cualquier posición, en las gravísimas circunstancias que vive y vivirá Chile por un tiempo prolongado, si no se obtiene primero una verdadera unidad. Cuan pronto, sin esa unidad, veríamos que ese triunfador resulta por sí solo impotente para dar solución a los problemas del país y tendría a todos en su contra nuevamente y con mayor encono, y con la agravante para el país de haberse perdido otra oportunidad.

Reconociendo la realidad de la excesiva práctica y experiencia que tuvieron las corrientes políticas democráticas chilenas en la disensión, lo que todos pensamos les hace verdadera falta, es el entrenamiento en el acuerdo. Las Fuerzas Armadas y también gran parte del país, temen a la continuidad democrática del régimen, porque, en el pasado, fue la lucha fratricida, el egoísmo y la demagogia electoralista de las corrientes democráticas, la que permitió el triunfo del marxismo. Fue la civilidad, bajo la conducción de sus dirigentes políticos, la que puso al país en ese trance, que le costó el término de su democracia y la destrucción de su economía y del cual tuvieron forzosamente que sacarlo las Fuerzas Armadas. A los excesos de ese tipo de democracia, que murió con la Unidad Popular, creemos que nadie responsable debe pretender regresar.

Fero así como debemos reconocer muchos logros, y dificultades tremendas de este gobierno para enfrentar dos crisis mundiales con un país concientemente destruido por el marxismo para hacer irreversible su proceso, también debemos tener presente que ha quedado demostrado, que el otro extremo, el de la falta prolongada de participación, de oportuna crítica y de carencia de oposición con poderes razonables para actuar, no ha tenido en definitiva por resultado ni la unidad, ni la prosperidad, sino también un grave deterioro para la economía del país y para la convivencia en Chile, mucho más allá de lo que debió haber sucedido, con los consiguientes problemas por todos conocidos. Esta situación de reacción de un extremo a otro puede ser lo normal o lo usual históricamente, pero prueba, que en ninguno de los dos extremos está la solución permanente.

Es pues, el consenso de las fuerzas democráticas, no solo una reconocida e imperiosa necesidad, sino también, un indispensable entrenamiento y una demostración ante el país, ante sí mismas y ante las Fuerzas Armadas de que es posible retornar a un régimen democrático estable y perfeccionado.

Volver al país a su centro de equilibrio que lo hizo grande en el pasado, exige la unidad y ésta, creemos que hoy día en nuestro país, no se logra sin pasar necesariamente por el camino del consenso. La unanimidad durante un período de transición, puede parecer y es, algo duro, tal vez se pueda estimar exagerado, exige renunciar a parte de las aspiraciones y a aspectos de ideología, pero es que hoy día resulta casi tan importante, como los efectos que se puedan conseguir con los acuerdos, la necesidad, la imperiosa exigencia a las fuerzas democráticas que se pongan a la tarea de conversar y de intentar avanzar unidas. Si hoy rechazamos esta posibilidad, que se dice y que parece posible, a pesar de los sacrificios y renunciaciones que implica, mañana podremos querer aceptarla, incluso añorarla, pero puede suceder que la convivencia haya decaído tanto que ya no sea posible. Por el contrario, aceptarla, significaría apartar los extremismos de toda índole que tanto daño nos ha causado y asegurar al país el curso pacífico y civilizado que ha sido el signo de su historia y que desea la inmensa mayoría de los chilenos. Es fácil imaginar los sentimientos de esperanza y amparo que sentirían los chilenos en estos momentos de tan dura crisis e incertidumbre, si vieran participando unidos a todos sus dirigentes políticos colaborando y enriqueciendo las funciones de Estado.

El proyecto puede mejorarse y tiene que reglamentarse sin lugar a dudas, pero tiene la ventaja de ser práctico, y lo es, precisamente, porque a todos otorga beneficios y al mismo tiempo les impone limitaciones. No lo formularíamos, si no creyéramos sinceras las intenciones manifestadas con insistencia por todas las corrientes políticas acerca de sus propósitos de lograr la unidad y producir un consenso básico. No pretende constituir ninguna panacea que, por sí sola solucione todos los problemas, es simplemente una forma seria de materializar esas intenciones y empezar a caminar con dificultades, pero por el cauce de la unidad nacional. Es una solución para los tiempos de hoy, el mañana nos traerá otros problemas y otras soluciones.

Las meras declaraciones de buenas intenciones del Gobierno, como también las declaraciones líricas e invitaciones mutuas al diálogo entre las distintas corrientes políticas, si no se pueden materializar en fórmulas concretas que permitan avanzar en el camino de la conciliación que reclaman, pueden constituir meras simulaciones, sin otro ánimo que aparentar intenciones de ceder para lograr en definitiva doblegar a la otra parte e imponerle su ideología y autoridad. Eso, naturalmente no es la búsqueda de un consenso, sino una burla de su significado, que se pregonaría en beneficio propio o en perjuicio ajeno, pero en ningún caso en bien de la unidad del país. Esta, sería una pretensión torpe, si lo que realmente se reconoce como prioritario en la hora actual es la conciliación. El divorcio entre las declaraciones y los hechos solo

acentúa la desconfianza y la división. Por ello, es necesario hacer y analizar planteamientos concretos para intentar formalizar el camino del consenso. Las respuestas indudablemente clarificarán a todos la sinceridad y generosidad de las intenciones de cada uno y permitirán a todos tomar posiciones en consecuencia.

Hay que tener muy presente, además, que con el paso de los años, los actuales dirigentes políticos de todos los frentes y corrientes pueden perder vigencia y prestigio, de modo que todas las corrientes corren el riesgo de quedar descabezadas, lo que dificultaría más el equilibrio del país, puesto que son los actuales dirigentes quienes más conocen y han vivido los errores y aciertos del presente y del pasado y es de ellos, por sus experiencias vividas, por sus años y por su sabiduría, de quienes puede esperarse y debe exigirse mayor generosidad.

Si se institucionalizara el proyecto propuesto, con la debida reglamentación constitucional y legal, los acuerdos y medidas aprobadas por todas las corrientes tendrían la fuerza de la unidad de todas ellas, contra la cual cabría poca oposición ya sea de la Junta de Gobierno o del Gobierno mismo, que solo deberían oponerla con razones muy fundadas y convincentes, lo que asegura la eficacia de la acción de esta Cámara y en todo caso la certeza y fuerza del consenso logrado, que en definitiva pesará.

La Junta de Gobierno tendría, además de sus propias facultades, un papel moderador de decisiva trascendencia y el Gobierno a su vez, tendría la garantía de la inmensa información y madurez que suponen los acuerdos adoptados en esta forma y la garantía del equilibrio, ecuanimidad y moderación que necesariamente implica la participación unánime de las tres fuerzas democráticas en sus acuerdos y decisiones. Mayor garantía de moderación, ecuanimidad y representatividad es imposible que el Gobierno pueda exigir.

El Gobierno incorporará y así lo sentirá el país, a todas sus fuerzas democráticas en el estudio y solución de los problemas que enfrenta y ningún demócrata podría sentirse marginado.

Es cierto, que el gobierno se crearía a sí mismo una poderosa fuerza de contrapeso, pero en ella tendría un interlocutor con quien tratar y en quien apoyarse en sus decisiones y en cuanto ella fuere su oposición, como seguramente lo será en ocasiones, es imposible concebir una oposición más responsable y patriótica, porque ella habría convenido en renunciar, en aras de la unidad y del bien de Chile a parte de sus posiciones, al igual que el gobierno. Naturalmente, que sólo a un gobierno serio y generoso puede solicitarse que organice y dé fuerzas a una institución que fiscalice sus actos y que adopte acuerdos y dicte normas no siempre compartidas por el mismo. Sin embargo, estoy convencido que al Gobierno actual, de las Fuerzas Armadas de Chile, se le puede y debe pedir toda la generosidad que sea razonable. En estos términos es fácil concebir un movimiento cívico-militar.

Que ejemplo y que respuesta sería para el mundo, que el propio Gobierno Militar, que liberó al país del comunismo, creara y organizara en esta forma una continuidad democrática estable de su régimen. Sería la confirmación de la grandeza y espíritu de servicio de nuestras instituciones armadas. La estabilidad que para el futuro del país crearía una situación así es indiscutible. El Gobierno Militar y los políticos democráticos tendrían la sana obligación de dialogar permanentemente. La realidad actual y sus problemas los asumiría todo el país, ya no sólo serían del gobierno y sus soluciones tendrían que buscarse en el plano del realismo, terminando gran parte de la crítica meramente destructiva entre unos y otros y la falta de comunicación que inquieta y desalienta. Al final del gobierno, no existiría el vacío, el verdadero precipicio, que

resultaría al pasarse simplemente de un sistema a otro totalmente diverso, que nadie sabe como puede darse, en forma pacífica y estable, sin una natural continuidad. Volvería a ser el Gobierno lo que fue en sus principios, cuando ^{pidió recibir a los prisioneros de todos los sectores democráticos} ~~lo que debe ser todo gran gobierno~~, el conductor de su país, ni más ni menos que eso, pues ninguno puede ni debe pretender ser y hacer todo por sí. Para que la democracia chilena, bajo la dirección de un gobierno fuerte, pueda desarrollarse sobre la base del acuerdo, del consenso entre unas fuerzas y otras, aparentemente todo está dado, solo faltan las instituciones que durante un período lo encaucen. Ninguna razón ideológica, racial, social o histórica existe, para que fuerzas políticas de pensamientos, aspiraciones e ideales tan similares, como se dan entre las fuerzas políticas chilenas entre sí y entre éstas y las Fuerzas Armadas, estén o hayan estado tan separadas. Son solo circunstancias lamentables que han ido aislando, endureciendo posiciones y creando rencores, que es preciso superar. Es necesario que bajo una generosa dirección y apertura del gobierno, se vuelva a crear en Chile una poderosa democracia como tuvimos en el pasado y que fue precisamente uno de los legados más preciados que grandes gobiernos militares, con generosidad, visión y grandeza dieron a Chile. Que se termine con el sistema de que cada gobierno es una revolución, que iluminado por nuevas teorías, abomina del pasado de Chile y con ánimo mesiánico por una parte y con rencores por la otra, pretende redimir y cambiar todo, persiguiendo a los adversarios en sus personas, cargos y bienes y que demoliendo lo que existe, sólo después intenta construir y generalmente con muy poco éxito.

En tantos países de Europa Occidental y en los países Anglosajones de otros continentes, existen modelos reales y concretos de democracias estables, tal como el que siempre rigió a Chile, hasta que se impusieron los extremismos, que bajo distintos nombres hemos vivido y de los cuales nadie está exento de culpa.

Debemos corregir nuestros errores. Pero basándonos con realismo en nuestra historia y en nuestras tradiciones, reconstruyamos con prudencia lo que tuvimos y no se intente con torpes teorías convencer al gobierno de crear modelos totalmente teóricos, ajenos a nuestra idiosincracia. No debe seguirse buscando apoyo en esas teorías, tan ajenas a las instituciones fortalecidas, que nadie conoce bien y en las que ni siquiera se cree verdaderamente, para hacer perdurar etapas que fueron necesarias pero que deben superarse. Creemos que el Presidente de la República tiene la fuerza suficiente para dar este vuelco en la conducción del país, que garantizaría su estabilidad interna y también su seguridad externa.

Fueden darse ideas mejores que la que proponemos, sin lugar a dudas y la misma puede mejorarse mucho con toda seguridad, pero pocas pueden en principio garantizar mejor lo que todos decimos querer, el consenso y un real y tranquila salida de la situación actual y el tránsito a otra etapa.

Existe siempre la tentación, cuando se tiene una fórmula concreta de transacción, de querer guardarla como último recurso, para el caso que fallen en definitiva los intentos por doblegar al oponente. Pero recordemos que fallidos esos intentos, los deseos de transacción suelen ser tardíos, porque solo revelan debilidad y falta de verdadero espíritu de conciliación, arriesgando tener que aceptar cualquier imposición del oponente.

Si las corrientes políticas aceptaran éste u otro proyecto de unidad y hubieran renunciado, por el momento, con un mínimo de prudencia y patriotismo, al enfrentamiento electoral o de otro orden, para buscar primero un consenso básico entre ellas que determine el futuro estable del país, que ra Dios, en bien de Chile, no pierda el Gobierno la posibilidad que hoy tendría de dirigir esta transición que todos estarían dispuestos a aceptar bajo su conducción. Ferderla, dañaría y debilitaría la moral de las

Fuerzas Armadas, porque si se pretendiera y lograra destruir una pacífica y equilibrada unión de las corrientes democráticas, ~~creándose otro tipo de movimiento cívico-militar~~, ello se haría a un alto costo y además eliminando una gran posibilidad para la estabilidad del país.

No puede arriesgarse a las Fuerzas Armadas de Chile a perder su tradicional moral de servicio y cambiarla por la "Moral del Foder". Ello solo traería decadencia y anarquía como lo prueban muchos y muy cercanos ejemplos. La aspereza y el cansancio del duro camino recorrido pueden por momentos enturbiar la vista, y es lógico que así suceda, pero estamos seguros que no será este Gobierno el que niegue a Chile las soluciones de grandeza que lo inspiraron al comenzar la gloriosa tarea. El éxito de este Gobierno en su tarea de reconstruir un país libre, unido y estable es nuestra gran aspiración.

ARTURO BULNES CERDA